

**SUCINTA VIDA Y VICISITUDES DEL MONASTERIO
SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROURE**

Por MIGUEL ALABRÚS BRUÑOL

SUCINTA VIDA Y VICISITUDES DEL MONASTERIO SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROURE

Es tal la parvedad de lo que se nos ha transferido referente al Monasterio de Nuestra Señora del Roure, que casi no es suficiente al Santuario para mantenerse y pasar la vida, como se suele decir. A pesar de todo, bien podemos afirmar que el Roure ha logrado su actividad en el efecto, no desperdiciando jamás ocasión propicia.

Es muy cierto que, a veces, hemos estado tentados de preguntarnos si la ermita del Roure existe o no. Bien comprendemos ahora que aventurarnos en el interrogante hubiera sido prematuro y desconfiado.

Hay todavía quien quiere a la Virgen, piensa en el Roure y estimula el conocimiento y divulgación de la capilla que, entre Pont de Molins y Llers, espera seguramente días mejores aún.

Y cuando hay preocupación, es que ya se ha hecho o que se procede a hacer algo. Entonces es que existe, indudablemente, la fe en la Santísima Virgen de la Montaña del Roure.

I

Finalizaba el siglo x cuando fallecía en un convento, el que había sido gran señor feudal de Besalú, el Conde Oliva, hermano del Obispo Mirón, de Gerona.

Llora ante el cadáver del noble Oliva, el Conde Bernardo I, llamado *Tallaferro*. El antiguo *pagus bisuldunensi*, cobra inesperada autoridad y grandeza bajo el señorío de este Conde, que gobernó por los años de 988 a 1020.

Un buen día del feliz gobierno de Bernardo Tallaferro, este Conde de Besalú, muy devoto, toma el hisopo de San Pedro de Besalú y con inefable unción imparte el agua bendita a toda la extensión de su condado. Una partícula de esta agua monacal, cae muy cerca de Llers, entre esta vieja población y Pont de Molins.

Posiblemente se desplazarían unos monjes benedictinos, besuldenses, muy pocos, que se turnarían con otros de San Pedro de Roda, a este

lugar del Ampurdán, que no hacía mucho tiempo acababa de ser redimido y liberado por Carlomagno.

II

Al quedar libres de sarracenos los territorios del N. E. de Cataluña, se reconstruyen las aldeas y en el mismo solar de las antiguas capillas visigóticas, surgen otros templos según las nuevas necesidades, gustos o aficiones.

Es un momento estelar de la restauración cristiana en nuestra patria. Y, en gran parte, se debe al sacrificio y misericordia de los religiosos de la Orden de San Benito.

Aquella gota de agua asperjida desde Besalú, hizo producir y fructificar un estupendo hecho providencial:

Una familia de una modesta casa de labor, situada no muy lejos de Llers, deambulaba o trabajaba por estos lugares, cuando al ver en cierto paraje un gran roble desconocido hasta entonces para ellos, iniciaron un expectante registro del prodigioso árbol, que trajo el sorprendente hallazgo de una Virgen antigua, depositada en el vientre mismo del roble extraordinario.

III

Agrupada la familia de aquel manso tan distinguido por Nuestra Señora, junto con otros vecinos de Llers y Pont de Molins, en torno a la rústica hornacina arbórea, procedieron a levantar la imagen de la Santísima Virgen, para llevarla a otro lugar más seguro y conveniente. Pero otro hecho insólito se produce: la talla de la Virgen no se mueve, no se deja llevar, permanece como encantadoramente aprisionada, a su merced y complacencia, en el roble mismo.

Más sorpresa, más expectación entre los testigos de tan dulce porfía, y la jornada decrece y es preciso tomar una pronta resolución. Un virtuoso religioso sugiere que tal vez es el deseo de la Madre de Dios que aquí radiquen una especial advocación y la devoción de los fieles, en el curso de los tiempos venideros.

Se construye entonces en este término una iglesia pequeña, modesta, muy reducida, muy íntima, de una sola nave y con un altar elemental pero de delicioso sabor románico. Sobre este altar y encima de un pedestal adecuado, queda instalada la primitiva imagen de Nuestra Señora del Roure.



De los «Goigs a llaor de la Mare de Déu del Roure».

Aquí mismo edificaron unos monjes de Besalú, con algún otro de San Pedro de Roda, su humilde morada, y se erigieron estos religiosos en custodios del Santuario.

Todo esto es tradición.

IV

El convento o pequeño monasterio del Roure, fué muy pobre y trascendió escasamente. No obstante, la devoción y el culto a la Virgen del Roure, se enraizó aquí, entre los ampurdaneses, de tal manera, que ya nadie puede demostrar o vaticinar que tan singular veneración llegará un día a desaparecer.

Nos convencerían seguramente de cierta situación precaria de esta ermita; nos enseñarían algunas ruinas, incluso, del conjunto del mismo oratorio; querrán que atribuyamos a un abandono la poca constancia o afluencia de visitantes en este lugar. Pero lo cierto, lo más trascendental, y que es el espíritu religioso que se desprende como suave fragancia del Roure para penetrar en todos los domicilios de los vecindarios, ennobleciéndolos con el perfume del amor y de la esperanza, no dejará jamás de tener su actualidad y su origen cabe estas piedras benditas y seculares.

Decídselo, sino, a un buen creyente de Pont de Molins o de Llers. Preguntadle si cesará, si es posible que acabe alguna vez de refulgir, en presencia o en espíritu, la antorcha mariana del Monasterio-Santuario de Nuestra Señora del Roure.

Y es que los pueblos y las aldeas necesitan también para vivir y no andar en tinieblas, de la luz de alguna ermita, que les es substancial.

V

Años y años transcurrieron, y siglos, y vino este Monasterio del Roure a depender de la abadía de Santa María de Vilabertrán, así como mucho antes lo había sido de San Pedro de Besalú y de San Pedro de Roda. Fuéronse del Roure los benedictinos, según se cree, y llegaron algunos religiosos vilabertranenses, de San Agustín.

En el transcurso del tiempo, ibanse realizando reformas y restauraciones en este Santuario del Roure. Pero un incendio, según parece, llegó a siniestrarlo en gran parte.

Corría el año 1362 y el antiguo Monasterio de *Sanctae Mariae de Robore*, recibe una mitad de la décima y algunas tierras de la parroquia de Viure y del lugar llamado Romagosa.

Van sucediéndose los siglos xiv, xv y xvi y con ellos va consumándose, si bien paulatinamente, la decadencia total del Monasterio de Santa María del Roure. Aparecen por primera vez las ruinas propias de establecimientos antiguos en trance de abandono.

Al finalizar el siglo xvi, los recintos y paredes de la capilla del Roure y casas contiguas, se encontraban en muy mal estado.

VI

Asoma el siglo xvii y vuelve una dichosa alba para el Santuario que nos ocupa.

Un celoso sacerdote, seguramente párroco del pueblo de Llers, el Reverendo don Jaime Puig, comienza una fervorosa predicación instando a sus feligreses, y a los de otras parroquias con sus respectivos párrocos, para decidir prontamente la reconstrucción o nueva edificación de otro templo del Roure.

El Reverendo Puig encontró aún, como siempre sucederá así, el ambiente propicio para lo que se había propuesto. Y en el año 1638 se terminan las obras de la nueva capilla.

Brotan, con todo, otro orden, otra ornamentación, una nueva vida, en fin, para el culto, el esplendor y la tradición centrados en la ermita del Roure.

VII

La Virgen del Roure vuelve a ser el elemento primordial fecundo para las poblaciones de Llers y Pont de Molins.

Con asistencia de una gran muchedumbre, el día 9 de septiembre del año 1638, pocos momentos antes de la bendición de la iglesia, es celebrada una devotísima procesión para llevar a la nueva capilla la milagrosa y antigua imagen, en mármol, de Nuestra Señora del Roure.

Llenas de júbilo religioso, se asocian a este bello acto de la inauguración representaciones de muchos pueblos del Ampurdán.

El Arcipreste del monasterio de Santa María de Vilabertrán, Reverendo Camps, bendice el edificio y el altar recientemente construídos, en representación del señor Obispo.

Se asegura que pocos «aplecs» celebrados en nuestra comarca, en distintos tiempos y en diversos lugares de la misma, alcanzaron la animación y el recogimiento piadoso que hubo en el Roure, en aquella mañana del mes de septiembre de 1638.

VIII

Situada la capilla de la Virgen del Roure en una alta meseta, se ve desde aquí arriba una extensión considerable de nuestro Alto Ampurdán. Los Pirineos se agigantan enormemente y los montículos, collados y vertientes de los mismos, se alargan en conexión interminable hacia otros horizontes.

Aquí se renueva constantemente el paisaje, según el plano en que esté situado el observador o, también, según su perspicacia.

Frente a Nuestra Señora del Roure, al Norte, se halla la altura del Montroig, donde había existido un viejo castillo. Montroig, que es la llamada Montaña Negra por los franceses, es una cima muy estratégica.

Montroig y la eminencia donde se halla el Santuario del Roure, se complementan y batan un mismo vértice.

Este Monasterio-Santuario formó parte también del término municipal de Llers, cuya parroquia poseyó, con el tiempo, la ermita del Roure.

Hoy Nuestra Señora del Roure es del término municipal de Pont de Molins y continúa siendo capilla sufragánea de la parroquial de Llers.

IX

Por desventura reaparecieron los malos momentos para esta sensible ermita.

Guerras, asaltos y saqueos en el siglo XVIII, alejaron del Roure el culto y los objetos e imágenes expuestos a la veneración del pueblo.

Comenzaba otro ciclo de ruinas y desolación de este Santuario.

En cierta ocasión, la iglesia parroquial de San Julián y Santa Basilia de Llers, recibió la preciosa imagen de la Virgen del Roure. Permaneció mucho tiempo en esta parroquial, venerada y protegida por los llersenses. (La iglesia de Llers quedó destruida en el año 1939).

Algunas veces esta imagen de Nuestra Señora era llevada solemnemente cerca de la meseta del Roure, donde se daban cita, abrazándose unos a otros y ofreciéndose mutuamente presentes, los vecinos de Pont de Molins y Llers. Reunidos en un día tan espléndido de fraternidad y armonía estos buenos feligreses de distintas parroquias, juntos entonaban las alabanzas a la Virgen celestial.

X

Derruido este Santuario, celebridad alcanzó luego, no solamente religiosa, si que también patriótica.

Don Juan Escofet y Palau, ingeniero general del ejército, nacido en Cadaqués, que fué mariscal de campo y organizó los primeros somatenes, construyó con sus hombres un reducto fortificadísimo en la meseta de Nuestra Señora del Roure. Esto acontecía entre los meses de mayo y junio del año 1794, cuando los ejércitos de la Revolución francesa invadieron el Ampurdán, originándose en nuestra comarca la llamada «Guerra Grande».

A primeras horas del día 7 de junio, los franceses atacaron con furia y se apoderaron de las fortificaciones y trincheras de Nuestra Señora del Roure, que todavía no estaban del todo terminadas. Al mediodía, la artillería de Pont de Molins y dos columnas españolas habían recuperado valientemente este objetivo. Después de esta tremenda batalla, quedaron las laderas de la montaña del Roure cubiertas materialmente de cadáveres y utensilios de campaña.

Entonces, se pudieron concluir estas estratégicas defensas del Roure.

XI

Pocos meses después, concretamente el día 21 de septiembre de 1794, volvieron los franceses a sitiar estos lugares, dándose el llamado combate de Montroig, montaña cercana al Roure. En Montroig los españoles, 4.000 hombres a las órdenes del brigadier Taranco, tuvieron que abandonar la montaña sorprendidos en una emboscada por los franceses.

El jefe militar de las operaciones del ejército español, era el Conde de la Unión, quien mandó se aplicaran severos castigos a los desertores o fugitivos de Montroig.

Un número de 51 hombres, en las inmediaciones del Roure, fueron extremadamente escarmentados, aunque se les perdonó sus vidas.

Algunas malas intenciones, atribuyen a venganza la muerte del Conde de la Unión, acaecida poco después.

XII

Al amanecer del día 20 de noviembre de 1794, se produjo una desesperada batalla alrededor de Nuestra Señora del Roure, en la que inter-

vino en persona el general en jefe de las tropas españolas, Conde de la Unión. Los nuestros se hicieron fuertes en las baterías del Roure, tenidas por inexpugnables.

Después de unas horas de sin igual combate, pero de suerte indecisa, los franceses embistieron la retaguardia del reducto principal del Santuario, apoderándose del fortín. Algo desconcertados los españoles no tuvieron más remedio que replegarse hacia Pont de Molins.

Mientras se retiraban los del país, descendiendo una pendiente del Roure en dirección a Pont de Molins, cayó muerto de un balazo de fusil que le atravesó el pecho, don Luis Fermín de Carvajal y Vargas, Conde de la Unión, que contaba 42 años de edad y que había sido el primer gobernador del castillo de San Fernando de Figueras.

Para honrar la memoria de este jefe militar, se levantó en el mismo sitio donde falleciera una cruz de casi cuatro metros de alto, sobre una base de un metro, en la que había una inscripción en latín, cuya traducción es la siguiente:

«Al piadoso recuerdo de Luis Carvajal, conde de la Unión, jefe del ejército del Rosellón, que peleando valerosamente por el Rey y por la Patria, después de muchas hazañas esclarecidas ¡oh dolor! cayó atravesado por dos balas en este mismo sitio, junto a la capilla del Roure, en la flor de su edad, el día 20 de noviembre del año 1794. Se fija esta piedra con el sagrado signo de la redención humana. — A. A. — Los desconsolados. — P. P.»